



# LUCHANDO POR UN SUEÑO

Por Luis Alberto Jiménez Acevedo

Fotografías: *En busca de la felicidad*, dirigida por Gabriele Muccino

A veces es difícil comenzar un artículo sin haber repetido anteriormente lo que queremos decir. Otras, sin embargo, fluyen solas las palabras para dar forma a una aventura que te envuelve de principio a fin. Hoy, por una u otra causa, me encuentro entre las dos premisas antes citadas cuando me pongo a escribir sobre **En busca de la felicidad** (*The Pursuit of Happyness*, Gabriele Muccino, 2006) Por un lado, cualquier frase con la que intente iniciar una historia, creo que no será original ni definirá de manera completa lo que vamos a ver, o hemos visto, en la pantalla. Y, por otro, son tantas las maneras con las que quiero describir esta historia de lucha, de valentía y de perseverancia, que se agolpan en mi cabeza formando un inmenso tapón que no dejan fluir las ideas para ponerlas ordenadamente sobre el papel virtual del ordenador. Pero, con tranquilidad, un refresco y muchas ganas, intentaré desarrollar todo lo que se agolpa en mi mente y darle la forma adecuada a esta película tan emotiva.

Antes de continuar, y sobre todo para los que saben mucho más inglés que yo, el título original no lo he escrito mal, pues la palabra "Happyness" está mal escrita intencionadamente por los responsables del filme, pues así (mal) está rotulada en la cristalera de la guardería del hijo del protagonista. Algo que, a lo largo de la historia, intenta que cambien, sin éxito.

Con tres protagonistas primordiales, Will Smith, su hijo (en la vida real también) Jaden Smith y Thandie Newton, que conforman el trío principal, y familiar en la película, nos adentramos en una historia dura y triste, basada en hechos reales, que llega a tocar nuestra fibra más sensible, a la que asistimos con interés y emoción. El argumento nos habla de una familia (los antes citados) que pasan por momentos difíciles en el San Francisco de los años 80. Ya que Chris Gardner (Will Smith) se gastó todos sus ahorros en comprar un montón de aparatos, denominados "Escáner de Densidad Ósea", para luego venderlos por clínicas, hospitales, médicos particulares, etc. y sacar adelante a su familia con esas ganancias, pero no le resulta tan fácil venderlos y los problemas se van acrecentando hasta que la madre, Linda (Thandie Newton), decide abandonar el domicilio conyugal al no poder aguantar más la presión y derrumbarse, anímica y físicamente, su vida.

Es entonces, al quedar padre e hijo solos, cuando para mí empieza la película propiamente dicha. La lucha constante y diaria que debe lidiar Chris para salir adelante con el pequeño nos embarca en una serie de aventuras, a cual más triste y desesperanzadora. Siempre juntos, padre e hijo, tanto en los viajes como en las posibles entrevistas de trabajo, les hace sentirse más unidos, a la vez que intenta explicar al niño que todo lo que les ocurre tan sólo es una mala racha...

Excelente interpretación de Will Smith, muy alejada de la comicidad de su registro en la saga *Men in Black*, por ejemplo, que nos engancha desde el primer momento. Con el desánimo inundando su cara, que evita contagiar a su hijo, se inventa mil y un juegos, mil y una razones, para sacar fuerzas de flaqueza y procurar que el pequeño no se vea afectado. Su afán por vender los aparatos médicos, que casi nadie quiere, le hace no

desfallecer, pese a que vislumbra que su "gran inversión" no fue más que un negocio descabellado y ruinoso que, ahora, debe culminar sea como sea. Por su interpretación, Will Smith, estuvo nominado tanto al Óscar como al Globo de Oro, ese año, como mejor actor, algo que no muchos actores pueden decir en su currículum.

Debut en el cine del jovencísimo Jaden Smith (cinco años) con excelente nota. A través de una gran sencillez, mucha naturalidad y cierto desparpajo, cautiva a los espectadores de principio a fin de la historia. Da la impresión de que la relación padre/hijo de la vida real la han trasladado a la gran pantalla y nos deleitan con una serie de situaciones, conversaciones y momentos, desde los más emotivos a los más divertidos, que parece que, en vez de actuar, están hablando como cualquier padre e hijo que pasan por una situación delicada. Sobre todo en una escena, donde el niño le dice a su padre... ¡Eres un buen papá!, con una candidez y naturalidad, que desarma a cualquiera que la vea, por muy duro que se sea. Posteriormente volvieron a unirse, padre e hijo, en otra película, *After Earth* (*idem*, M. Night Shyamalan, 2013), pero particularmente creo que no están tan inmensos y metidos en situación como en la película que hoy nos ocupa. Es más, y perdón a quién le pueda sentar mal, el film de este director experto en temas de misterio y sobrenatural creo que es un borrón en la filmografía, tanto del realizador como de los dos actores.

El director, Gabriele Muccino, que con este título rodó su primera cinta en inglés, nos descubre el interior de un padre que hace todo lo posible por sacar adelante a su hijo, pese a los reveses de la vida. Por medio de planos cortos o más amplios lleva a la pareja protagonista por las calles, edificios y lugares menos emblemáticos de San Francisco en busca, no sólo de



Historia dura y triste, basada en hechos reales, que llega a tocar nuestra fibra más sensible, a la que asistimos con interés y emoción

la felicidad, sino de la subsistencia diaria, como, por ejemplo, dormir en un lugar cubierto, comer lo mínimo para no desfallecer o esperar el golpe de suerte para remontar un vuelo, que se antoja cada vez más difícil y problemático. Dos años después, director y actor principal, se volvieron a reunir en *Siete almas* (*Seven Pounds*, 2008), otra gran historia que aporta emoción y sensibilidad al espectador, a través de las vicisitudes de un hombre que quiere ayudar a varias personas, pero sin decirles los motivos.

Película que vemos con un nudo en la garganta, pero que nos aprisiona desde el principio, que nos enseña cómo la vida puede ponerte obstáculos en el camino, pero que muestra la esperanza de un hombre por alcanzar una meta. Todo a base de sacrificio, sin importar los continuos problemas que les suceden, pero con la esperanza de lograr la tan ansiada felicidad. Pues el tesón y la fuerza de voluntad son sus señas de identidad.